

¿Qué son los frutos de la carne según la Biblia y cómo vencerlos? | Daniel Del Vecchio

La libertad cristiana y el amor al prójimo

La libertad cristiana no debe convertirse en un pretexto para satisfacer los deseos de la carne. La enseñanza de Gálatas 5, a partir del versículo 13, presenta la libertad como una responsabilidad que debe vivirse en amor y no como una oportunidad para dejarse dominar por los impulsos humanos.

El concepto bíblico de la carne abarca mucho más que la dimensión sexual. Se refiere también a una naturaleza humana que necesita ser controlada. Por eso, la libertad cristiana está estrechamente relacionada con la manera en que una persona se comporta con los demás.

La ley se resume en el mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo. Este principio, que tiene sus raíces en Levítico 19:16, establece una forma de relacionarse con los demás basada en el amor y no en la hostilidad, la rivalidad o el deseo de hacer daño.

La prohibición de la calumnia y el odio

La enseñanza bíblica muestra que Dios repudia la calumnia y prohíbe atentar contra la vida del prójimo. La relación con los demás no puede estar marcada por palabras destructivas,

acusaciones o deseos de perjudicar.

También se advierte contra albergar odio hacia el hermano en el corazón. Cuando es necesario reprender a alguien, debe hacerse sin caer en el pecado y evitando guardar rencor o enojo. La corrección no debe convertirse en una excusa para conservar resentimientos.

El peligro de la destrucción mutua en la comunidad

San Pablo advierte que cuando los miembros de la iglesia comienzan a morderse y devorarse entre sí, existe el peligro de que terminen consumiéndose y destruyéndose mutuamente. Una comunidad puede deteriorarse cuando sus integrantes utilizan sus palabras para atacarse en lugar de edificarse.

La comparación con los hámsteres ilustra esta situación: un grupo puede llegar a autodestruirse cuando sus propios integrantes comienzan a atacarse. De la misma manera, la crítica destructiva y el uso incorrecto de la lengua pueden provocar graves consecuencias dentro de una comunidad.

La purificación del corazón y la guía del Espíritu

La vida cristiana requiere limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu para perfeccionar la santidad en el amor de Dios. La limpieza interior no es algo superficial, sino un proceso profundo que afecta el corazón y la manera en que una persona vive.

El perdón, la misericordia, la humildad y el amor están relacionados con la felicidad y el gozo del Señor. En cambio, la falta de limpieza en el corazón produce tristeza y afecta la vida espiritual.

El espíritu humano puede sufrir contaminaciones, de manera semejante a lo que ocurre cuando se mezclan animales sanos con otros enfermos. Por ello, es necesaria una limpieza profunda y constante. El proceso puede compararse con la desinfección exhaustiva de un lugar donde hubo enfermedades, porque requiere esfuerzo persistente para eliminar las contaminaciones.

Andar y ser guiado por el Espíritu Santo permite cumplir la ley. El énfasis deja de estar en los rituales externos para dirigirse hacia una transformación del corazón, donde la obediencia se manifiesta en la manera de vivir.

La naturaleza de los deseos y la oposición espiritual

Los deseos de la carne pueden presentarse como impulsos fuertes que incluso tienen su origen en necesidades humanas legítimas. El deseo de ser honrado o respetado, por ejemplo, puede convertirse en algo negativo cuando supera sus límites y termina dominando a la persona.

El Espíritu Santo aparece simbolizado por el viento, el agua y el fuego. Estos elementos pueden tener un gran potencial cuando no están controlados, guiados o bajo sumisión. De esta manera se muestra la importancia del control y de la dirección correcta.

Existe una línea muy fina entre conceptos positivos y sus contrapartes negativas. La dignidad, por ejemplo, puede llegar a confundirse con el orgullo. Por eso, es necesario discernir cuándo un deseo o una actitud deja de ser adecuada y comienza a convertirse en una manifestación de la carne.

Los deseos de la carne y los deseos del espíritu mantienen una oposición constante. Esta lucha impide que las personas simplemente actúen según todos sus deseos. Quienes son guiados

por el espíritu no están bajo la ley, porque seguir al espíritu conduce al cumplimiento del principio fundamental de amar al prójimo como a uno mismo.

La regla de oro establece que las personas deben tratar a los demás de la misma manera en que desean ser tratadas. Esta enseñanza resume una forma de comportamiento basada en el amor hacia el prójimo.

Las obras de la carne

Las obras de la carne aparecen en diferentes traducciones bíblicas con algunas variaciones en el número de términos utilizados, que pueden oscilar entre 14 y 17 palabras. Estas expresiones abarcan diferentes conductas y actitudes que se oponen a la vida guiada por el Espíritu.

El término inmoralidad procede del griego *porneia* y comprende cualquier tipo de pecado sexual, por lo que su significado supera una definición limitada del adulterio. La impureza procede del griego *akatharsia* y se refiere a toda clase de impureza sexual.

Los términos inmundicia y lascivia corresponden a la palabra griega *aselgeia*, que se traduce mejor como sensualidad. De esta manera, las expresiones relacionadas con la carne incluyen diferentes formas de conducta y no se limitan a una sola clase de pecado.

También se menciona la hechicería, cuyo origen etimológico está relacionado con el uso de drogas que eran empleadas en prácticas de hechicería. Estas conductas forman parte de la descripción de las obras de la carne.

La hostilidad y los conflictos como

obras carnales

Las enemistades se definen como hostilidad, una actitud que puede manifestarse en el ambiente, en las vibraciones o incluso a través de la mirada. La hostilidad representa una obra de la carne porque se encuentra en oposición directa al amor cristiano y al mandamiento de amar al prójimo.

Esta actitud busca el mal o la derrota de otra persona en lugar de procurar su bienestar. Por ello, no se trata simplemente de una diferencia entre individuos, sino de una disposición interior que contradice el comportamiento promovido por el espíritu.

Los pleitos son descritos como contiendas y pueden surgir como consecuencia de un espíritu de competencia o rivalidad. Cuando la relación con los demás queda dominada por la necesidad de competir y vencer, se genera un ambiente contrario al amor y a la unidad.

Celos, iras y rivalidades destructivas

Los celos, derivados del término griego *zelos*, consisten en el deseo de poseer aquello que pertenece a otra persona. Este deseo puede convertirse en una fuerza que afecta la manera en que una persona observa los bienes, las capacidades o las circunstancias de los demás.

Las iras se manifiestan mediante un genio sin control. Pueden expresarse a través de gritos, chillidos, lanzamiento de objetos, rotura de cristales o simplemente alzando la voz. La falta de control convierte la ira en una conducta destructiva.

Las contiendas, traducidas en algunas versiones como rivalidades, proceden del término griego *eritheia*. Este término evolucionó desde una referencia al trabajo de un

obrero hasta relacionarse con la búsqueda de una posición política por beneficio personal.

Las rivalidades pueden aparecer en diferentes ámbitos, incluso en el fútbol o dentro de la propia iglesia. Cuando la competencia se transforma en rivalidad destructiva, deja de ser una simple diferencia y se convierte en una manifestación de la carne.

Disensiones, herejías y envidias

Las disensiones representan una disposición separatista que se aparta de los demás y actúa contra la unidad promovida por el Espíritu Santo. Una persona puede manifestar esta actitud cuando busca llevar la contraria a un grupo que ya ha alcanzado un acuerdo.

Las herejías, también denominadas sectarismos, proceden del griego *hairesis*. Surgen como consecuencia de las disensiones y de la adopción de puntos de vista doctrinales diferentes que terminan generando divisiones.

La envidia, proveniente del griego *phthonos*, se describe como un dolor profundo ante el éxito, la bendición, la fama o las posesiones de los demás. A diferencia de los celos, que implican desear aquello que otro posee, la envidia incluye el deseo de quitarle al otro lo que tiene y sufrir ante su bienestar.

De esta manera, la envidia no consiste únicamente en querer poseer lo que otra persona posee, sino también en experimentar tristeza ante su buena fortuna y anhelar que aquello le sea arrebatado.

La crucifixión de la carne y la

santidad

La embriaguez y otras conductas semejantes son claramente condenadas por Dios. Frente a las obras de la carne, la enseñanza presenta una decisión fundamental para quienes pertenecen a Cristo Jesús: crucificar la carne junto con sus pasiones y deseos.

Existen dos alternativas para el ser humano: practicar las obras de la carne, lo cual impide heredar el reino de Dios, o crucificar esas pasiones y deseos. Las pasiones incluyen conductas como el adulterio, la fornicación y la inmundicia, mientras que los deseos también abarcan rivalidades, disensiones, sectarismos y envidias.

Dios requiere un proceso constante de poda y corte de estas conductas. La seriedad del asunto exige que la persona permita que sean eliminados aquellos comportamientos que pertenecen a la vieja manera de vivir.

La integridad de la iglesia y el templo del Espíritu

El pasaje de 1 Corintios sobre el cuerpo como templo del Espíritu Santo ha sido interpretado históricamente de manera que se ha utilizado para condenar hábitos externos como el tabaco, el baile o el uso de cosméticos. Sin embargo, el contexto señalado en el texto pone el énfasis en otro aspecto.

La referencia a la destrucción del templo se relaciona con quienes provocan divisiones, problemas o introducen doctrinas heréticas dentro de la iglesia. Esto significa que una persona puede abstenerse de determinados vicios externos y, al mismo tiempo, estar causando un grave daño si genera conflictos o participa en problemas dentro de la congregación.

La iglesia debe mantenerse limpia y pura para permitir su

edificación. Los creyentes son llamados a actuar como piedras vivas y pilares unidos en amor, por lo que la unidad y la limpieza de la comunidad tienen una importancia fundamental.

La prudencia en la enseñanza y el control de la lengua

La persona puede llegar a creer que está en lo correcto, pero la Biblia advierte que existen caminos que parecen rectos cuyo fin es la muerte. Esto muestra la posibilidad de equivocarse y la necesidad de actuar con prudencia.

También se advierte sobre el peligro de asumir el papel de maestro o instructor sin un llamado claro de Dios. Esta responsabilidad conlleva un juicio más severo y una mayor condenación.

La enseñanza bíblica recuerda que todos los seres humanos tropiezan y ofenden de diferentes maneras. Nadie puede considerarse perfecto. Por ello, la actitud de quien enseña o corrige debe estar acompañada de humildad.

La lengua es descrita como un mal turbulento y lleno de veneno mortal, difícil de controlar y cuyas consecuencias pueden ser complejas de remediar. El problema se agrava cuando las personas aceptan rumores negativos sobre otros sin comprobar directamente si son verdaderos.

También se señala que sentir satisfacción al escuchar críticas o chismes sobre terceras personas puede ser una manifestación de envidia o celos. En ese caso, el placer ante el daño o la desgracia de otro no procede del espíritu, sino que constituye una obra de la carne.

El juicio divino y la

responsabilidad del creyente

La persistencia en actuar bajo los impulsos de la carne tiene una consecuencia seria: se advierte sobre la imposibilidad de heredar el reino de Dios cuando se permanece en esas conductas.

El creyente también debe procurar no convertirse en una piedra de tropiezo para los demás. La enseñanza recuerda que Dios interviene contra quienes dañan a su iglesia, por lo que existe una responsabilidad personal respecto a la manera en que cada uno actúa dentro de la comunidad.

La verdadera sabiduría y el entendimiento no se demuestran principalmente mediante la elocuencia o la capacidad de hablar. Se manifiestan a través de una buena conducta y de obras realizadas con mansedumbre.

Los celos amargos y la ambición personal o rivalidad en el corazón son incompatibles con la sabiduría que procede de lo alto. Por eso, no se debe caer en la arrogancia ni en la mentira contra la verdad pensando que se posee toda la sabiduría o toda la razón.

La ambición personal y la rivalidad no proceden de lo alto. Son descritas como realidades terrenales, no espirituales y, en última instancia, diabólicas.

La sabiduría celestial frente a la conducta humana

El comportamiento humano puede llevar a devolver mal por mal. Sin embargo, devolver mal por bien es presentado como una acción inspirada, mientras que devolver bien por mal es señalado como una característica propia del cristiano.

La sabiduría que procede de lo alto se caracteriza por ser

pura, pacífica, amable y razonable. Está llena de misericordia y buenos frutos, y carece de vacilación e hipocresía. Estas características contrastan con las actitudes producidas por los celos, la ambición y la rivalidad.

El mandato de no juzgar, mencionado en el Evangelio de San Mateo, se refiere a evitar el prejuicio, el juicio sin conocimiento de causa y la intromisión en asuntos ajenos. Esto no significa que nunca deba existir ningún tipo de juicio, ya que existen responsabilidades concretas, como la de los padres respecto a sus hijos o la de los líderes respecto a la iglesia.

La advertencia de Jesús se dirige especialmente a la actitud interna de prejuzgar a los demás. La metáfora de la viga y la mota en el ojo enseña la necesidad de examinarse y juzgarse a uno mismo antes de intentar corregir a otra persona.

La autocrítica y la poda divina

Las obras de la carne tienen su origen en el egoísmo o en el «yo» que no ha sido crucificado. La crucifixión de este ego resulta necesaria para evitar las trampas de Satanás y la corrección divina.

Es preferible realizar una autocrítica y una corrección personal antes de esperar la intervención de Dios, que es descrita como rigurosa. La humildad permite reconocer las propias faltas y buscar áreas en las que sea necesario mejorar delante del Señor.

Existe una tendencia en la que las personas con mayores necesidades suelen rechazar la corrección, mientras que quienes son más humildes tienden a asumir la culpa y buscar aquello que necesitan cambiar personalmente ante Dios.

La impureza, en su uso griego, se relaciona con la imagen de un árbol que no ha sido podado y que crece sin control.

También se compara con un niño que recibe todos sus caprichos sin disciplina.

La vida cristiana implica, por tanto, un proceso de poda divina. Dios elimina hábitos y caprichos antiguos para que la persona pueda producir frutos del espíritu en lugar de continuar manifestando obras de la carne.

El fruto del Espíritu y la purificación final

El fruto del Espíritu se presenta como un solo elemento: el amor. Las demás virtudes mencionadas son manifestaciones de ese fruto. Entre ellas se encuentran el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio propio.

La presencia de celos y ambición personal produce perturbación, confusión y diferentes consecuencias negativas, tal como se señala en Santiago 3:16. Frente a ello, la acción del Espíritu conduce hacia una vida caracterizada por el amor y sus diferentes manifestaciones.

Jesucristo es presentado observando a las personas con ojos de amor y de fuego, con el propósito de purificar sus vidas. La acción divina busca quemar la paja y purificar la era para que el árbol pueda producir el fruto del Espíritu en lugar de las obras de la carne.

No existe ninguna ley que se oponga a las virtudes que forman parte del fruto del Espíritu. Por ello, el camino de la purificación y del amor no entra en conflicto con la ley, sino que expresa aquello que debe caracterizar la vida guiada por el Espíritu.

La oración final expresa un pacto de obediencia y sumisión que los creyentes han hecho después de haber sido redimidos por la sangre de Jesucristo. En ella se pide a Dios que examine los

corazones, limpie toda contaminación y permita que los creyentes colaboren en la perfección de su propio carácter.

El objetivo espiritual es alcanzar la santidad, siendo descritos los creyentes como personas sin mancha ni arruga. Para avanzar hacia ese objetivo, la exhortación final es clara: cada persona debe concentrarse en examinar sus propios ojos y corregir sus propias faltas antes de ocuparse de la paja o de la viga que pueda ver en el ojo ajeno.